

**MENSAJE DEL GOBERNADOR
DEL ESTADO LIBRE ASOCIADO DE PUERTO RICO
HONORABLE RAFAEL HERNANDEZ COLON
EN LOS ACTOS DE GRADUACION DEL COLEGIO
PONCEÑO**

22 DE MAYO DE 1992

PONCE, PUERTO RICO

Muchas gracias por permitirme compartir con ustedes, con sus padres y sus maestros la alegría del triunfo académico que celebramos esta noche. Estamos aquí para festejar el final feliz de doce años de estudio, de trabajo y de disciplina.

Esta noche es la noche de ustedes. Cuando las autoridades del Colegio Ponceño les confieran a ustedes los grados académicos correspondientes y ustedes cambien de derecha a izquierda las borlas de sus birretes, significando con ese acto que ya dejaron de ser candidatos a graduación para convertirse en graduados de esta institución, ustedes estarán celebrando la gran fiesta de su libertad. Esta noche ustedes se deben sentir superlativamente libres: libres de los exámenes, libres de los libros, libres de sus maestros, libres de las presiones de sus padres, libres de las largas horas de estudio, libres del tedio de la disciplina escolar. ¡Libres, libres al fin!

Pero justo en el momento mismo en que ustedes gozan plenamente de la euforia, de la enorme alegría que produce esa libertad, tienen también que plantearse una pregunta incómoda, pero

impostergable: "Y ahora, ¿qué voy a hacer con ésta mi libertad? ¿Para qué soy libre? ¿Qué usos le voy a dar a esta maravillosa libertad?"

Y lo extraordinario de esa pregunta es que no sólo es impostergable, sino que nadie la puede contestar por ustedes: ni sus padres, ni sus maestros, ni siquiera sus más entrañables amigos. "¿Qué voy a hacer con mi libertad?" es una pregunta que sólo la puede contestar quien se la formula a sí mismo.

Así que, como cada uno de ustedes no tiene otra alternativa que contestarla por su propia cabeza, esta pregunta tiene, de entrada, no menos de sesenta y cuatro respuestas individuales. Y de primera intención, todas estas respuestas van a parecer distintas.

Habrá entre ustedes quienes piensen, "Pues yo quiero usar mi libertad para convertirme en ingeniero, o comerciante, científica, médico, astronauta, abogada, genio de computadoras, maestro, escritora, sacerdote, pintora, músico, o,

quién sabe, hasta Gobernador o Gobernadora de Puerto Rico".

Pero por diversas que puedan parecer de primera intención esas sesenta y cuatro respuestas, en el fondo todas ellas tienen un mismo elemento en común: cada uno de ustedes ha logrado identificar una rama del saber que le interesa; cada uno de ustedes ha descubierto ya en sí mismo unos talentos y unas inclinaciones especiales para las ciencias, o para las artes, o para el servicio al prójimo. Cada uno de ustedes ya ha escuchado un llamado, una misteriosa voz interior que los ha movido a seleccionar una determinada profesión, un determinado campo de acción hacia el cual planean ustedes encauzar el resto de sus jóvenes vidas.

En el momento mismo en que ustedes descubrieron que tienen habilidad para las matemáticas, o para las ciencias, o la literatura, o el arte, o el servicio público, en ese mismo momento ustedes habrán cobrado conciencia también de que no tienen otra alternativa que no sea la de

desarrollar al máximo todos esos talentos con que Dios los ha echado a este mundo.

Y esa es una enorme responsabilidad que ustedes tienen para consigo mismo, para con sus padres, y para con su patria. Se trata de la responsabilidad de ser todo lo que cada uno de ustedes pueden ser; la responsabilidad de sacarle el máximo provecho a todas esas capacidades con que ustedes han sido bendecidos; la responsabilidad de dejar de ser una hermosa promesa para convertirse en hombres y mujeres cabales, orgullo de su tierra.

No tengo que decirles que la educación es el mejor instrumento para desarrollar esos talentos, ni que la educación es el mejor medio para ayudarles a ustedes a llevar a cabo el difícil tránsito entre la hermosa promesa que ahora son, y el ciudadano cabal en que deberán convertirse. No se los tengo que decir, porque ustedes conocen bien el valor de la educación, habiendo tenido el privilegio de graduarse de una de las mejores escuelas de Puerto Rico, de la que yo también soy

exalumno. Felicito al Director, profesores, graduandos, estudiantes, y toda la comunidad escolar de este Colegio, por el alto reconocimiento que ha recibido del Departamento de Educación Federal. Una educación de excelencia, como la que ustedes han recibido en el Colegio Ponceño, es la que tanto ustedes como yo deseamos poner al alcance de todos y cada uno de los puertorriqueños.

Esa educación que queremos para todos nuestros compatriotas se organizará en torno al principio de equidad, y tomará en cuenta la diversidad de talentos, de limitaciones y de condiciones sociales y culturales de la población. Esa educación tiene que ir encaminada a superar todo tipo de discriminación, sea ésta por motivo de raza, de sexo, de ideología, de religión, o de condición social y económica.

Esa educación de excelencia estará basada en un currículo que será pertinente a las necesidades de los estudiantes; un currículo rico en sus contenidos y variado en sus métodos; un currículo que fomentará el desarrollo de las habilidades

intelectuales y atléticas, de la sensibilidad ética y estética, y de todas las capacidades creadoras de los educandos.

Esa educación ofrecerá experiencias que le permitan al estudiante conocer y apreciar el patrimonio natural y cultural puertorriqueño. Desarrollará en el estudiante el conocimiento y el uso adecuado del español como lengua materna y cultural, y contribuirá a que nuestros estudiantes desarrollen un aprecio por ella. De igual modo, esa educación de óptima calidad enseñará el inglés como el segundo idioma que todo puertorriqueño debe aprender al máximo de su capacidad.

Así, nuestra escuela debe contribuir a formar un puertorriqueño educado, capaz de entender la sociedad en que vive, capaz de identificarse con el pueblo del que es parte, capaz de insertarse en el proceso de cambio social y de búsqueda de soluciones a problemas y conflictos, orgulloso de su herencia histórica, de su lengua y de sus tradiciones.

Ese puertorriqueño educado estará comprometido con la conducta ética, basada en valores tales como la verdad, la tolerancia, la libertad, la belleza, la justicia, la paz, la laboriosidad, la dignidad y la solidaridad. Será, además, poseedor de una cultura general amplia, y de una conciencia histórica que le permita entender y apreciar el mundo natural, social e histórico. Estará comprometido con la protección y el mejoramiento del medio ambiente natural, y será un conocedor y un defensor de nuestro patrimonio cultural.

Ese puertorriqueño educado se sentirá orgulloso de sí mismo y de su patria y estará en condiciones de romper con todos los esquemas limitantes y debilitantes del alma boricua que nuestro insigne ensayista don Antonio S. Pedreira describió con tanta agudeza en su obra Insularismo. Pedreira publicó esta obra seminal para la interpretación del ser puertorriqueño en el 1934, hace nada menos que 58 años. Se trata de un intento brillante de contestar las angustiantes preguntas de "¿Qué somos?; ¿Cómo somos?" que los

puertorriqueños nos hemos formulado insistentemente a lo largo de nuestra historia.

Uno de los capítulos de Insularismo se titula "Nos coge el holandés". El título proviene de la conocida frase de don Damián López de Haro, que Pedreira cita en este pasaje que quiero comentar brevemente con ustedes:

Dice Pedreira, "La historia de Puerto Rico ha tenido que desarrollarse en actitud defensiva, replegándose sobre si misma, guardándose hacia adentro para evitar sorpresas estratégicas. Para defendernos de piratas amurallamos la ciudad capital, y aunque en 1897 se derribaron las paredes para facilitar el ensanche urbano, no hemos podido, sin embargo, destruir las murallas espirituales para facilitar el ensanche cultural. Todavía rige aquella frase explicativa que en el 1644 escribió Damián López de Haro, obispo de Puerto Rico: 'aquí estamos tan sitiados de enemigos que no se atreven (los puertorriqueños) a salir a pescar en un barco, porque luego los coge el holandés'. El pirata que nos mantuvo a raya... no siempre ha sido de

nacionalidad holandesa. Lo cierto es que no hemos dicho nuestra palabra por temor a que nos coja el holandés".

Pienso que hoy, 58 años más tarde, los puertorriqueños nos hemos convertido en seres distintos a los que describía Pedreira en su inmortal Insularismo. Hoy los puertorriqueños ya no tenemos temor a decir "nuestra palabra", ni nos sentimos encogidos por las dimensiones físicas de nuestra isla, ni prisioneros de las 100 millas por 35 que definen nuestro espacio vital en el globo terráqueo. Nos hemos convertido en un pueblo dinámico, emprendedor, seguro de su propio valor y del lugar que nos corresponde ocupar en el concierto de los demás pueblos del mundo.

Esos cambios que se han operado en el transcurso de los pasados 50 años en nuestras actitudes han sido producto de la modernización del país y del enorme impacto positivo que ha tenido el ofrecimiento de oportunidades educativas a todo aquél que haya querido beneficiarse de ellas. La educación, la afirmación de nuestra lengua y de

nuestra cultura puertorriqueña nos han provisto las alas que nos permiten volar por encima de las barreras de nuestro insularismo para integrarnos en pie de igualdad junto a las demás naciones del mundo.

Por eso esta noche, en que celebramos los triunfos académicos de estos 64 jóvenes graduandos, me ha parecido apropiado celebrar con ustedes y a través de ustedes el triunfo de la educación. La educación de los más altos niveles de exigencia. la educación de la más alta calidad que queremos para todos los puertorriqueños. Porque es sólo a través de ella que podremos enfrentarnos con éxito al reto que Pedreira les formulaba a los jóvenes de su tiempo, un reto que continúa siendo válido para los jóvenes cuya graduación celebramos hoy:

"La juventud es la llamada a esclarecer nuestros altos menesteres: ...ha de buscar en los repliegues de nuestro vivir aquellos puntos concretos en que se apoya nuestra personalidad; y olvidando la serie alborotada de congojas públicas que conviven en todo pueblo en gestación, lanzar a

voleo sobre nuestras murallas oficiales las larvas de nuestra esencia productora...

"Romper las murallas de este aislamiento, para mirar en torno, es el deber de la juventud puertorriqueña."

"Para que el mundo nos conozca y nos potencie hay que dejar de ser Robinson Crusoe. Salgamos a pescar, aunque nos coja el holandés. ¡Puede que alguien regrese un día con las redes llenas!"

Yo sé que esta generación se habrá de lanzar con gran audacia a surcar los mares que nos rodean, y que sus redes y las de sus descendientes regresarán llenas.

* * * *